

RUBÉN DARÍO EN ITALIA (SEPTIEMBRE-OCTUBRE DE 1900)

Teodosio Fernández

Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

La Biblioteca Hispánica de la AECID conserva una valiosa colección de documentos relacionados con Rubén Darío, casi unánimemente ignorados por quienes se han ocupado del poeta nicaragüense. Entre esos documentos se cuentan algunos relacionados con el viaje que Darío hizo a Roma en 1900 como enviado del diario *La Nación* de Buenos Aires, para informar sobre el Año Santo que entonces se celebraba. Son los que sirven aquí para precisar los pormenores de ese viaje, de notable importancia en su vida y en su obra.

Palabras clave: AECID, Archivo, Rubén Darío, Biografía, Italia.

ABSTRACT

The Hispanic Library of the AECID preserves a valuable collection of documents related to Rubén Darío, almost unanimously ignored by those who have researched the Nicaraguan poet's legacy. These documents include some related to the trip that Darío made to Rome in 1900 as envoy of the newspaper *La Nación* of Buenos Aires, to inform about the Holy Year celebrated back then. Those documents are discussed here. They serve to clarify the details of a trip which had great importance in his life and in his work.

Key words: AECID, Archive, Rubén Darío, Biography, Italy.



Fecha de recepción: 2 de noviembre de 2016.

Fecha de aceptación: 30 de noviembre de 2016.

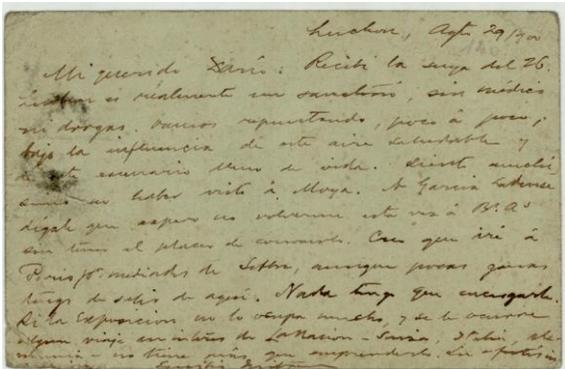
Entre los documentos del Archivo de Rubén Darío custodiados en la Biblioteca Hispánica de la Agencia Española de Cooperación Internacional y Desarrollo (AECID), no son pocos los que pueden contribuir a corregir o precisar las biografías del poeta nicaragüense elaboradas hasta hoy. Aunque algunos se remontan a la etapa de Buenos Aires y otros están relacionados a los meses que Darío pasó en Nicaragua a finales de 1907 y principio de 1908, en su mayoría corresponden a los primeros años del siglo XX, cuando había fijado su residencia en París, centro idóneo para desplazarse hacia el sur (Italia, España, incluso el norte de África) y hacia el norte y el este de Europa (Inglaterra, Bélgica, Alemania), casi siempre como corresponsal del periódico *La Nación* de Buenos Aires, que precisamente lo había enviado a la capital francesa como corresponsal a la Exposición Universal de 1900.

Son diversos los momentos y aspectos de la biografía de Darío que esos documentos permiten abordar. De especial relevancia es el legado que conforman las cartas y tarjetas postales que revelan las relaciones íntimas que mantuvo con Francisca Sánchez desde que el 26 de diciembre de 1900, solo en París, la animara a dejar a la hija común en España y a reunirse con él. Ella era entonces madre reciente de Carmen Darío Sánchez, que pronto habría de fallecer. Pueden seguirse sobre todo las incidencias del embarazo y del nacimiento de su segundo hijo, el inmortalizado por el soneto «A Phocás el campesino», que se llamó o estuvo a punto de llamarse Félix. De los documentos que ayudan a precisar ese aspecto y esos momentos de la vida de Darío tuve ocasión de ocuparme recientemente, así como de varios que mostraban sus relaciones con otros escritores, españoles algunos, como Juan Ramón Jiménez, y sobre todo hispanoamericanos, como Enrique Gómez Carrillo, José María Vargas Vila o Leopoldo Díaz (Fernández 2016).

En ese Archivo se conserva una relación de gastos elaborada por alguien llamado Esteban Arenillas, sin duda ajustada al viaje que Darío realizó a Italia en el año 1900 y que dio lugar a algunas crónicas publicadas en *La Nación*, luego recogidas al final del volumen *Peregrinaciones*. Ese documento y otros me permitirán ahora reconstruir aquel viaje, matizando o desmintiendo el relato vigente hasta ahora. De nuevo utilizo como referencia fundamental la octava y última edición, «definitiva, corregida y ampliada», de *La dramática vida de Rubén Darío* (2010) de Edelberto Torres Espinosa, «la más completa, la más detallada, la insuperada y quizás insuperable biografía del poeta» (Schmigalle 2013: 73). En ella consta que Darío visitó Turín, Pisa, Florencia, Roma y Nápoles, para regresar después a París. Los datos proporcionados por Esteban Arenillas obligan a rectificar en gran medida ese itinerario, y la

Biblioteca Hispánica de la AECID proporciona otros documentos que enriquecen las circunstancias en las que el viaje se realizó y las consecuencias que tuvo.

Desde Bagnères-de-Luchon, donde había buscado remedios para sus achaques, Emilio Mitre, entonces director de *La Nación*, escribía el 29 de agosto de 1900 a 29 Faubourg Montmartre para informar a Darío de que se iba recuperando, y de que esperaba



ir a París en septiembre. «Si la Exposición no le ocupa mucho, y se le ocurre algún viaje en interés de *La Nación* – Suiza, Italia, Alemania – no tiene más que emprenderlo». Podemos entender que así empezó a ponerse en marcha aquel viaje, no por imposición del periódico sino por decisión del poeta,¹ cuyo

interés por Italia había quedado bien de manifiesto mientras visitaba el pabellón de ese país en la Exposición Universal. En el «Diario de Italia» incluido en *Peregrinaciones* son varias las ocasiones en las que hace referencia a Esteban Arenillas, a quien acababa de conocer cuando tomó el tren en París.² La relación de los gastos realizados demuestra que él y Darío compartieron ese viaje, iniciado y concluido en la capital francesa, de donde salieron el 11 de septiembre para estar de vuelta el 1 de noviembre de 1900.

¹ «Escribe a Francisca que *La Nación* le ordena ir a Roma, lo que significa una prórroga de su ausencia», según Edelberto Torres (2010: 435). Probablemente lo había deducido de una carta incluida por Carmen Conde (1964: 18) en su libro sobre las relaciones de Darío con Francisca Sánchez. «Voy en viaje a Roma, que me han ordenado, rápidamente. No tengo más tiempo que para escribirte estas líneas», se lee en esa carta, fechada en Turín el 14 de septiembre de 1900 y custodiada en el Archivo Rubén Darío de la Universidad Complutense de Madrid. Puede verse en Evangelina Soltero Sánchez 2007. En el mismo Archivo se custodia otra carta de Mitre desde Luchon, fechada el 7 de septiembre: «Carta desde Luchon anunciando la entrega de mil francos y dando órdenes literarias», resume Rosa M. Villacastín (1987: 101).

² «Comenzaré diciéndoos, por ejemplo, cómo salí de París en un tren del P. L. M., una alegre noche en compañía de un caballero argentino que me acababan de presentar y que llevaba el mismo itinerario mío» Darío, 1901: 161). Ese caballero argentino habría de reaparecer en la *Autobiografía* al recordar el viaje a Italia: «El mío fue una excursión rápida de turista. Aprovechó la compañía de un hombre de negocios de Buenos Aires, y así tuve siquiera con quien conversar, ya que no cambiar ideas» (Darío 1912: s. p.).

Tras pasar la primera noche en el tren, el 12 de septiembre llegaron a Turín, la primera ciudad en la que se detuvieron. Entre las cantidades anotadas por Arenillas constan las relacionadas con la compra de *paniers* como los comentados por Darío en su crónica, con la entrada a un espectáculo de *café-concert* y con las visitas a la Pinacoteca y al castillo medioeval construido para la exposición general italiana celebrada allí en 1884, así como los gastos derivados de una excursión a Superga, «una iglesia construida en lo más empinado de la altura, al oriente de Turín» (Darío 1901: 176), lugar adecuado para contemplar el panorama circundante. No es de extrañar que Arenillas y Darío vieran en los edificios públicos banderas con muestras de luto, determinadas por la llegada de objetos personales del rey Humberto I de Italia, asesinado en Monza el 29 de julio, suceso del que el poeta se había hecho eco en sus crónicas de París. Lo que aquí interesa es que la ascensión que realizaron a Superga tuvo lugar el 13 de septiembre según el primero y el 17 según el segundo, lo que induce a pensar que Darío prefería alterar las referencias temporales con un propósito que al cabo de pocas semanas quedará bien de manifiesto, y que en principio parecía orientado a centrar la atención sobre las informaciones que el cronista creía más relevantes.

Con la inestimable ayuda del catálogo de la Regia Pinacoteca turinesa, dirigida entonces por Alessandro Baudi di Vesme, Rubén ofreció a sus lectores argentinos un rápido resumen de su contenido, sala por sala, lo que apenas le permitió detenerse en pintores como Giovanni Antonio Bazzi, «il Sodoma», y mostrarse generalmente menos atraído por la espiritualidad que por la sensualidad de las figuras (femeninas sobre todo). Obras de Fra Angelico da Fiesole o de Sandro Botticelli también le permitieron evocar a los prerrafaelitas, verdadero centro de su interés por entonces. Atención especial dedicó al recibimiento triunfal que Turín dispensó a Luis Amadeo de Saboya, Duque de los Abruzzos, que regresaba tras la expedición en la que había participado y que en abril de ese mismo año había permitido al capitán Umberto Cagni acercarse al polo norte más que nadie hasta entonces. Darío también dio cuenta de una comida compartida con «el *onorevole* Gianoglio» (173) —el

Pagos que hizo E. Arenillas en viaje a Italia, en compañía de Rubén Darío		Finis Finis	
1900			
Sept 11	Billetes aereos f. 595.20		
	2 Canises comida	9	
	Coma f. Basso	5	
	Abusadores	2	595.20
12	Turin facturas	1	
	Coché Paris	2.50	
	Concert	4	
	Chocolate	1.40	8.90
13	Coché	2	
	Pinacoteca	80	
	Coché	2	
	Rebeldes	11	
	Fin a Superga	6.20	
	Comida en J	6.20	
	Telescopio, plano	2	
	Bocle	1.50	
	Orpinao	1	26.30
14	Comida a Medinaceli	3	
	Orpinao	50	
	Cuenta Hotel Suisse	70.50	
	Orpinao, facturas	10	84
15	Seneca		
	Facturas	1	
	Chamuzgo	9	
	Coché Paris	1.50	
	Comida	13	
	Concert	2	
	Bocle	3	29.50
	sigue	11	148.70 f. 595.20

parlamentario Bartolomeo Gianoglio, destacado político que entonces y desde hacía años era miembro del Consiglio Provinciale en Torino— y otras personas distinguidas: los lectores de *La Nación* estaban especialmente interesados en saber de los personajes ilustres, dondequiera que se encontrasen, y Darío disfrutaba de esas relaciones, más si podía, como en esa ocasión, disfrutar de una *fonduta* y de los vinos adecuados para acompañar ese plato en su versión turinesa tradicional.

Arenillas y Darío siguieron luego a Génova, donde algún día —el 19 de septiembre, a juzgar por la relación de gastos— contemplaron la ciudad desde el bote en el que recorrieron la bahía, en un hermoso atardecer: «Hay una dulzura pacífica e íntima que llama al silencio y al recuerdo. Mi compañero y yo no nos decimos una palabra» (181), escribió el poeta en su diario. El 16 habían ascendido en el aún reciente funicular al elevado barrio alto del Righi, única noticia precisa y de interés que ofrecen las anotaciones de Arenillas sobre la estancia en aquella ciudad. Darío, que quizá empezó ya el día 18 a ocuparse de ella, recuperó los recorridos por Génova y los lugares de interés artístico visitados, con especial atención para el cementerio, que alguna vez le recordó el de la Recoleta de Buenos Aires. El Righi fue para él sobre todo un restaurante donde disfrutar de las ostras y de una soberbia vista de la ciudad con su rada y más allá el mar azul.

El desplazamiento a las afueras de Pisa registrado por Arenillas el 20 de septiembre fue sin duda el que hicieron para asistir a la parada militar presidida por el conde de Turín. Darío se ocupó en su diario de aquellas maniobras de caballería con las que se celebraba el día nacional de Italia, así como de los festejos populares que alegraron la ciudad al anochecer. Arenillas, que ese mismo día deja constancia de la visita al Duomo, anota para el siguiente, el 21, pasajes a Cartuosa (sin duda por Cartosa, la cartuja de Calci), fecha en la que además partirían para Livorno. El lector del «Diario de Italia» comprueba ahora definitivamente que Darío no redactaba sus crónicas de inmediato o no las fechaba cuando las escribía. El deseo de presenciar las maniobras militares mencionadas interrumpía en su relato una prolongada visita al camposanto de Pisa a juzgar por los párrafos correspondientes al día 20 de septiembre, tras los cuales aparecen desde la primera edición de *Peregrinaciones* los asignados al día 18 de octubre, que casi un mes después reanudaban la interrumpida descripción de aquel cementerio con las referencias a los dos frescos donde Guirlanda (Agostino Ghirlanda) dejó su historia de la reina Ester. Quizá esa última fecha sea un error, que la revisión de los números de *La Nación* podría tal vez aclarar. Pero el diario de Darío salta luego al 23 y al 25 de septiembre, fechas ya imposibles para la visita a la Cartosa de Calci datada por Arenillas.

Quizá el poeta terminara de redactar sus crónicas días después de visitar los lugares a los que se refería; al poco tiempo se iría haciendo difícil recuperar la cronología de las experiencias vividas, y a la hora de publicar el volumen cualquier intento de precisarla habría de resultar vano e incluso innecesario.

Darío se mostraba sobre todo interesado en la calidad literaria de su relato y en expresar sus emociones ante la arquitectura de las ciudades que visitaba y ante los tesoros artísticos custodiados en sus iglesias y museos, ayudándose para ello con lecturas previas, simultáneas y posteriores. Su recorrido por Pisa es una muestra excelente de esa conjugación de erudición y emociones que con frecuencia fueron sus crónicas. Frente a los *badauds* decididos a asombrarse a toda costa en la casa de Galileo o ante el Campanile, Darío decidió ser lo que Justo Sierra en su prólogo a *Peregrinaciones* entrevió al mostrar al poeta hispanoamericano, en su viaje a la Europa de la civilización, «como quien *flâne* por un inmenso boulevard» (Darío 1901: 11), siempre en ejercicio su facultad para percibir lo bello en cualquiera de sus manifestaciones. Sierra y Darío sabían bien que un *flâneur* no era lo mismo que un *badaud*: cualquiera que frecuentara los ámbitos culturales de París conocía directa o indirectamente las diferencias señaladas por Auguste de Lacroix ya en 1841, en *Les*

		Paris - France				Paris - France	
Sept. 16	Caba a Requi	2	148.70	Sept. 20	Roma		
	Principales	2			Almuerzo	2.50	
	Almuerzo	1.5			Teatro / Biblioteca	6	11.50
	Comida	9	36	15	Tramway a S. Adriano	1	
17	Almuerzo	12.00			Almuerzo	8.50	
	Comida	13	2.50		Comida en el Hotel	18	
18	Almuerzo	13			Comest. en Colonna	6	
	Caba	2			Teatro	3	4.50
	Comida	9	24	16	Tramway	60	24.20
19	Ch. Hotel "Victoria"	39.35			Comida a Catacombas	8	
	Comida y propinas	8			Teatro	3	
	Tickets a etc.	1	48.35		Almuerzo	6	
19-20	Visita				Comida S. Sebastien	5	
	Tickets de Cat.	1			Comest. en Colonna	19	
	Caba a campo romano	12		18	Almuerzo	8.50	
	Comida en Trevi	5			Comida	10.50	
	Teatro	3	24		Teatro Colonna	4	
21	Caba	2			Caba en el Hotel	1.50	
	Tramway a Colonna	2			Te. Biblioteca	1.70	26
	Comida	1		19	Almuerzo, vino y etc. en el Hotel		
	Ch. Hotel "Victoria"	49			Caba	2	
	Propinas y tickets	5.40	69.60		Comida	9.50	
22	Teatro				Teatro Sanmazzoni	8	37.50
	Caba jueves	5			Almuerzo	8.50	
	Caba a monumentos	2			Comida	10	28.50
	Tramway	5			Comida	2	622.45
	Tramway	1	13				290.20
23	Caba viernes	5					
	Ch. Hotel "Victoria"	45.90					
	Propinas y tickets	6					
	Almuerzo y etc.	2					
	Comida en el Hotel	1	29.90				
	Propinas y tickets	2	446.05				
			592.20				

Français peints par eux-mêmes
—«Le flâneur est au badaud ce qu'est le gourmet au glouton, ce que serait [...] Chateaubriand à un rédacteur en échoppe, ou, plutôt, La Bruyère ou Balzac à un paysan de l'Auvergne ou du Limousin arrivé d'hier à Paris» (1841: 66)—, o por Victor

Fournel en *Ce qu'on voit dans les rues de Paris* desde su primera edición en 1858. En sus reiteradas manifestaciones de desdén hacia los turistas ingleses, «ineludibles andadores, doctores oxfordianos en Bædeker, compradores de pisapapeles de alabastro, o *prigs* que asedian a los primitivos» (1901: 176-177), Rubén insistía en dejar constancia de cuáles eran sus afinidades y de la exigencia con que encaraba su tarea de cronista viajero.

El 22 de septiembre, ya en Livorno, Arenillas y Darío hicieron la excursión al santuario de Montenero que consta en la relación de gastos y que Darío recreó en su diario el 28 del mismo mes. El 24, instalados en Roma, disfrutaron del teatro, como harían después en otras ocasiones, pero tienen mayor interés otros datos proporcionados por Arenillas. Sin duda él era el millonario sudamericano «analfabeto, ostentoso y gárrulo» cuyo nombre había olvidado José María Vargas Vila (1917: 27) cuando rememoraba aquellos días en el libro que dedicó a Darío. El colombiano, entonces ministro del Ecuador en Italia, quizá olvidó también que él no había pagado la comida a la que recordaba haber invitado a Rubén —en el restaurante Colonna, para ser precisos— y que compartieron el día 25 de septiembre, si es que fue esa la correspondiente a las 28 liras anotadas por Arenillas. Vargas Vila, que páginas atrás había recuperado los momentos compartidos en París en los días de la Exposición Universal,³ evocó una comida «de intimidad espiritual y deliciosa» (1917: 28), donde descubrió el encanto secreto de un Darío a quien él sorprendía con su ateísmo y su soledad, y más aún con su desdén hacia el oropel propio del cargo diplomático que ocupaba y hacia los círculos del poder político y eclesiástico que parecían seducir al nicaragüense. Lo cierto es que fue el venezolano Ramón Palacio Viso, el “hijo” y amanuense de Vargas Vila, quien con frecuencia acompañó a Rubén en las andanzas por Roma, según confirma su reiterada presencia en las anotaciones de Arenillas, y él fue quien luego dio testimonio de las visitas a las basílicas de San Pedro, de Santa María Maggiore y de San Giovanni in Laterano. A partir de las informaciones recibidas y de sus convicciones personales, Vargas Vila disfrutó recreando con aparente sorpresa o con cinismo las andanzas de un Darío que junto a las «muchedumbres idólatras» vitoreaba a León XIII —«esa momia de cera y talco»— y lloraba al paso de la comitiva «fanática y grandiosa» en la basílica de San Pedro, o en la de Santa María Maggiore seguía «cirio en mano» una procesión, a la vez que escuchaba la plática de un fraile franciscano (1917: 29-30); aún más:

en San Giovanni Laterano, el poeta iba absorto, contemplando los armoniosos ábsides, las volutas atrevidas, las cúpulas oro y azul, cuando sintió sobre su cabeza algo como el rozamiento de un ala;

³ Había conocido a Darío en el apartamento de la rue du Faubourg Montmartre que este compartía con Enrique Gómez Carrillo, y recreaba también con detalles otra reunión donde él se hospedaba, «en casa de una bella y espiritual dama, espejo de todas las elegancias, y de todas las exquisiteces mentales, la señora Smith de Hamilton» (1917: 23).

asombrado, alzó a mirar, y vio que se retiraba lentamente aquello que lo había tocado; era la caña del Pescador, que desde las sombras del confesionario un sacerdote arrojaba al paso de los peregrinos, para llamarlos a la penitencia.

Darío quedó alelado, ante el gesto de aquel pescador de almas;

la caña volvió a tocarlo;

el Poeta juntó las manos, cayó de rodillas, y como un pájaro fascinado por la serpiente, anduvo así hasta el confesionario;

entró en la sombra violeta, y la suave cortina lo ocultó;

cuando se alzó de allí, tenía tal aire de contrición, que daba pena mirarlo;[...] (1917: 30-31)

Eso no iba a impedir que el poeta, en cuanto abandonaron la basílica, dijera «su eterno voto de Cristo sitibundo», su frase sacramental «tengo sed...», y que el delicioso vino de Frascati apagara poco a poco esa sed y «los ardores de su contrición» (1917: 31-32).

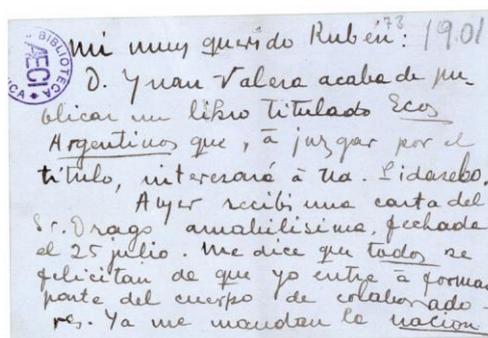
En Roma se encontraba también el escritor argentino Enrique García Velloso, quien, como Arenillas y Darío, visitó a León XIII integrado en el grupo de peregrinos llegado de su país con motivo del Año Santo que entonces se celebraba. Ya en París, García Velloso habría de evocar para su compatriota Ángel Estrada aquella visita mientras ambos cenaban en el hotel Capucines, y de manifestar su admiración hacia Rubén por el artículo «El papa blanco» que al salir del Vaticano escribiera ese día para *La Nación* en una *trattoria* próxima a la plaza de San Pedro, mientras él y otros integrantes de la peregrinación almorzaban «macarrones al “gratin”» (García Velloso 1942: 78). Arenillas consigna otros datos, como la visita al Teatro Costanzi, donde en enero de aquel año se había estrenado *Tosca*, la celebrada ópera de Giacomo Puccini. Las catacumbas en las que estuvieron pueden ser las de San Sebastián (*fuori le mura*), según Arenillas, o San Calixto, según los decepcionados recuerdos de Darío (abunda en ello la referencia a la cripta o tumba de Santa Cecilia), o tal vez unas y otras, próximas y a lo largo de la Via Appia Antica, ambas después de dejar atrás la iglesia del *Domine quo vadis?*, que entonces había hecho famosa el éxito reciente de la novela *Quo vadis?* de Henryk Sienkiewicz.

Por lo demás, Darío bien pudo vivir otras experiencias y visitar otros lugares. En su diario consta la visita a la reconstruida basílica de San Pablo, donde la admiración no ocultó el rechazo de la modernidad fastuosa que aquel templo podía representar. La fascinación ante la magnificencia paganizante de la basílica de San Pedro no consiguió disipar

se recordaba viajando desde Roma hacia Nápoles. Por razones que ignoro, Edelberto Torres situó la visita del poeta a Florencia en su viaje hacia el sur: el escritor argentino José León Pagano, también pintor, habría ido a buscarlo a Livorno, o a Antignano o a Ardenza (Torres 2010: 437), lugares o barrios mencionados por Darío al relatar su excursión a Montenero. Quizá dio crédito al relato de Pagano, quien creyó recordar un final precipitado para aquella estancia en Florencia: «Lo dejé en el hotel. Fui más tarde a reunirme con él, como se había dispuesto. Al verlo, me anunció lacónicamente: me marchó mañana a primera hora. Roma me espera. No quiero demorar el viaje» (Pagano 1943: 274). La memoria pudo traicionar esa recuperación de lo sucedido (habían pasado más de cuarenta años), o bien Darío no le confió sus verdaderos planes.

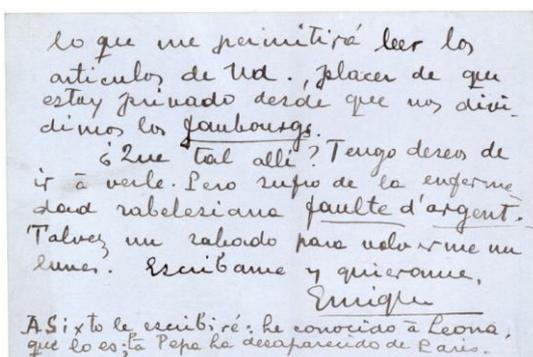
Desde luego, nadie fue en busca del poeta a Livorno. Pagano se encontró con él en su hotel de Florencia, el Minerva, presumiblemente el mismo que con ese nombre continúa cercano a la basílica de Santa María Novella.⁵ Lo confirman los datos de Arenillas, a quien Pagano parece no haber conocido. De esos datos se desprende que Darío pudo dejar Nápoles antes que su compañero de viaje, en cuyas anotaciones consta una cantidad como cuenta del poeta abonada en el hotel Minerva mencionado, relacionada con los días 19 al 23 de octubre de ese 1900. Otra factura de esas mismas fechas en el hotel Londres de Nápoles parece corresponder únicamente a Arenillas, mientras que ambos parecen haberse reencontrado en el Minerva los días 24 y 25, para salir después hacia Venecia. Los recuerdos de Pagano tampoco parecen fiables al explicar las razones

que pudieran amargar la visita de Darío a Florencia. No parece haber sido una de ellas la noticia de que Enrique Gómez Carrillo se había convertido en colaborador de *La Nación*: fue ya avanzado el año 1901 cuando precisamente una carta de Gómez Carrillo le dio noticia de que



Juan Valera acababa de publicar *Ecos argentinos* y de que el Sr. [José María] Drago, administrador de *La Nación*, le había escrito desde Buenos Aires el 25 de julio de ese año felicitándose porque el guatemalteco empezaba a formar parte del cuerpo de sus colaboradores. Gómez Carrillo decía recibir ya ese periódico, que no había leído desde que

⁵ «Rubén me avisaba su arribo con una tarjeta escrita a lápiz: un saludo breve, las señas de su alojamiento y un cordialísimo *le espero para que salgamos juntos*. Se había alojado en un hotelito próximo a la iglesia de Santa María Novella. Corrí a su encuentro. Me recibió en su habitación» (Pagano 1943: 263).

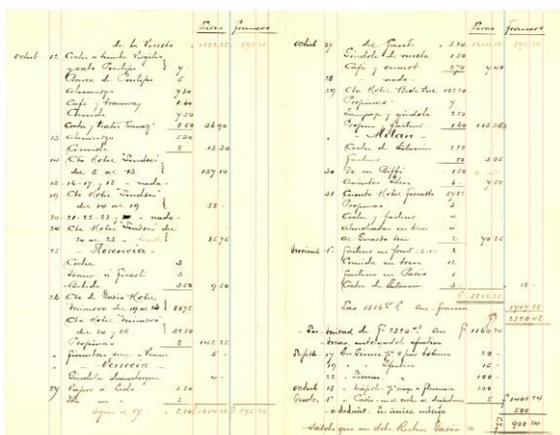


dejara el apartamento compartido de Faubourg Montmartre (desde que «nos dividimos los *faubourgs*»), precisaba, aludiendo a su residencia en Faubourg Poissonnière). Parece que su primera colaboración apareció en *La Nación* el 30 de ese mismo mes de julio.

En consecuencia, podríamos situar entre el 18 y el 19 la noche romana en la que Vargas Vila acudió a saludar a Darío, que regresaba en tren de Nápoles, camino de Florencia. En el *buffet* de la estación el escritor colombiano pudo advertir con sorpresa creciente, luego con inquietud y finalmente con impaciencia, que el poeta se abandonaba a la cerveza mientras evocaba los lugares que acababa de visitar, y olvidaba los trenes sucesivos que pasaban, y optaba por comer con su apetito habitual antes de buscar un hotel y abandonarlo enseguida para acudir a lugares que le permitieran seguir bebiendo hasta el amanecer (Vargas Vila 1917: 32-41). Con el paso del tiempo, Darío habría de reducir a aquella trasnochada sus relaciones con Vargas Vila en Roma, olvidando además que ya se habían conocido en París.⁶ Los días siguientes serían los de la visita a la Florencia artística y monumental, que solo los recuerdos de Pagano permiten recuperar. Aunque también dieran ocasión para temores y extravagancias, esos días al parecer fueron de entusiasmo, de absorción ávida de una ciudad encantada que el poeta comentaría a su compañero «con emoción casi dolorosa» (Pagano 1943: 264). Entre tanta belleza, dos debieron de ser los motivos en los que centró especialmente su atención: Botticelli, que por entonces despertaba una admiración inusitada —Darío «no dejó de ver ninguna pintura del *divino Sandro*, prefiriendo las de inspiración religiosa a las de asunto mitológico» (Pagano 1943: 266)—, y los poetas pintores prerrafaelitas ingleses, pues Pagano procuró a Rubén la oportunidad de disfrutar una larga velada en la casa de Antonio Agresti, casado con una sobrina de Dante Gabriel Rossetti, ocasión propicia para mostrar sus conocimientos sobre el tema y la fascinación que en él despertaba.

⁶ «Fuimos íntimos en seguida, después de una mutua presentación, y no siendo él noctámbulo, antes bien persona metódica y arreglada, pasó conmigo toda esa noche, en un cafetín de periodistas, hasta el amanecer; y desde entonces, admirándole yo de todas veras, hemos sido los mejores camaradas en Apolo y en Pan» (Darío 1912: s. p.).

Como Pagano advirtió, de esa visita no quedó testimonio en los escritos de Darío,⁷ ni siquiera en su *Autobiografía*, donde Darío, como ha quedado de manifiesto, omitió toda referencia a sus relaciones con Vargas Vila anteriores al viaje a Italia y redujo sus contactos a aquella insomne noche romana en la que se habrían visto por primera vez para intimar de inmediato. Como a Vargas Vila cuando llegó el fin de la traspasada compartida en Roma, Rubén dedicó unos versos a Pagano al despedirse de él en Florencia. Lo cierto es que el poeta y Arenillas siguieron a Venecia y Milán, de donde salieron para llegar a París el 1 de



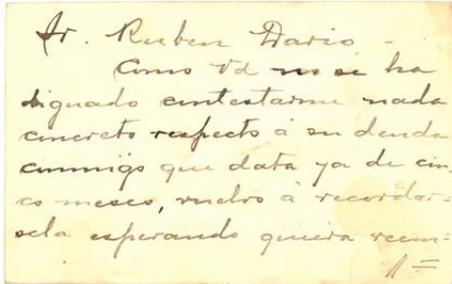
The image shows two pages of handwritten financial ledgers. The left page is headed 'Paris Janvier' and lists various entries with amounts in francs and centimes. The right page is headed 'Paris Janvier' and also lists entries with amounts. The handwriting is in cursive and the paper is aged and yellowed.

noviembre. La noche de ese día parece haber sido la que reunió en París a Ángel Estrada y a Enrique García Velloso, quien la fijó en «el día de todos los muertos» (1942: 77). También pudo tratarse del día 2, pero lo relevante es que Darío acababa de llegar a la capital francesa, lo que permite dar alguna fe al relato que García Velloso hizo de lo que sucedió cuando, tras cenar con Estrada y

asistir con él a un espectáculo de la Comédie Française, regresó al hotel San Sulpicio, donde se alojaba al igual que no pocos españoles e hispanoamericanos de recursos escasos: Emilio Mitre, que en ese fecha ya debía encontrarse en París, entregó cinco mil francos al poeta, y este se apresuró a compartirlo esa misma noche con García Velloso y otros compañeros de parranda, dejando el dinero y la gestión de los gastos en manos de un «secretario» que desapareció mientras dormían en *Au Rat qui n'est pas Mort*, hasta donde habían llegado al concluir la parranda. Rubén, que ya habría concertado un costoso almuerzo para sus amigos en ese mismo restaurante, lo lamentó sobre todo porque ya no podría comprar una sombrilla para «una figulina de Tanagra» (García Velloso, 1942: 82), una *Madame* que acababa de conocer y que finalmente tuvo su sombrilla gracias a la aportación sustitutoria de García Velloso.

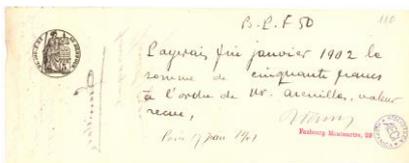
⁷ Cuando en mayo de 1904 volvió a Florencia, Rubén se mostró menos interesado en referir las maravillas de la ciudad que en relatar la ensoñación y los comentarios derivados de su lectura de los versos de *Pequeña ópera lírica*: el artículo dedicado a aquella ciudad en *Tierras solares* (Darío 1904: 81-192) es en su mayor parte el prólogo que escribió para ese libro de Rufino Blanco Fombona, publicado en Madrid en 1904.

La primera estancia de Darío en Italia había concluido, pero no sus consecuencias. Dos tarjetas de visita conservadas en la AECID permiten conocer el fin de la relación que

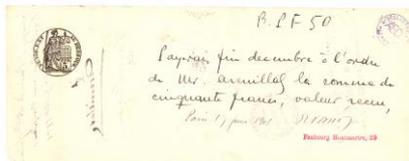


había unido a los compañeros de viaje. En la primera, del 27 de enero de 1901, Arenillas reclamaba dos Baedeker de Italia («Central» y «Septentrional») que había prestado a Darío, lo que revela que este no estaba tan lejos de los desdeñados turistas ingleses como su diario inducía a creer. En la segunda, del 10

de marzo del mismo año, Arenillas le pedía que saldara en todo o en partes la deuda que había contraído meses antes con él y que equivalía a 900,24 francos, a juzgar por la suma final de los gastos que había anotado minuciosamente y cuya relación ha servido aquí para reconstruir el viaje.



Varios pagarés conservados en la AECID permiten deducir que el poeta se vio forzado (incluso por vía judicial) a saldar aquella deuda en módicos plazos de cincuenta francos mensuales. Ese fue solo un capítulo más en la sucesión de problemas financieros que insistentemente acosaron a Rubén Darío.



BIBLIOGRAFÍA

- Conde, Carmen (1964): *Acompañando a Francisca Sánchez (resumen de una vida junto a Rubén Darío)*, Managua, Editorial Unión de Cardoza y Cía.
- Darío, Rubén (1901): *Peregrinaciones, prólogo de Justo Sierra*, París, Librería de la Viuda de Ch. Bouret.
- Darío, Rubén (1904): *Tierras solares*. Madrid, Eduardo Williams Editor.
- Darío, Rubén (1912): Véase «La vida de Rubén Darío escrita por él mismo para *Caras y Caretas*», en *Caras y Caretas*, año XV, número 738, Buenos Aires, 23 de noviembre de 1912, s. p.
- Fernández, Teodosio (2016): «Apuntes para la biografía de Rubén Darío», en *Ínsula*, 838: 18-21.
- García Velloso, Enrique (1942): *Memorias de un hombre de teatro*, prólogo de Ricardo Rojas, Buenos Aires, Editorial Kraft.
- Lacroix, Auguste de (1841): «Le Flâneur», *Les Français peints par eux-mêmes. Encyclopédie morale du dix-neuvième siècle*, tome III, Paris, L. Curmer, Éditeur: 65-72.
- Pagano, José León (1943): «Rubén Darío en mis recuerdos (un soneto inédito del poeta)», *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, XII: 249-279.
- Schmigalle, Günther (2013): «La edición crítica de las crónicas de Rubén Darío. Problemas, soluciones y hallazgos», en Rocío Oviedo Pérez de Tudela (ed.), *Rubén Darío en su laberinto*, Madrid, Verbum, 2013: 69-83.
- Soltero Sánchez, Evangelina (2007): «El amante diario: carta de Darío a Francisca», en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 36: 153-156.
- Torres Espinosa, Edelberto (2010): *La dramática vida de Rubén Darío*, Managua, Amerrisque, 2010.
- Vargas Vila, José María (1917): *Rubén Darío*, Madrid, V. H de Sanz Calleja.
- Villacastín, Rosa M. (1987): *Catálogo-Archivo Rubén Darío*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense.



SOBRE EL AUTOR

Teodosio Fernández

Teodosio Fernández es Catedrático de Literatura en la Universidad Autónoma de Madrid.

Contact information: Universidad Autónoma de Madrid. E-mail:
teodosio.fernandez@uam.es.